

LA LECTURA POPULAR

PUBLICACION QUINCENAL GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

EL ABUELO BRUNO.

—Mi amo, otro fraile en danza.

—¿Qué dices, hombre?

—Que ya tenemos en puertas otro fraile como aquel de la *metáfora*. Y esta vez, la fiesta no es en Alemania, sino en España, y en el mismo Madrid; donde la consabida comparsa de *estudiantitos* libre-pensadores, de esos que pasan la vida en las puertas de las Universidades esperando que vuele un pájaro para tirar los libros y sacar las banderas, han querido celebrar con *pendones* y la *juerga* de costumbre, el aniversario de un célebre dominico que murió quemado allá por el año de la nanita.

—¡Hombre! sería algún santo.

—¡Cá! no, señor; si precisamente porque no fué santo es por lo que quieren hacerle la fiesta, sacando á la calle los *pendones*. Lo malo es que el Rector se ha negado á entregárselos; y como ellos dicen que sin esas insignias no es posible honrar debidamente la memoria de ningún libre-pensador, resulta que ahora quieren ponerle pleito al Rector, y hacer no sé cuantas cosas más.

—¡Bendito Dios y que tiempos! Pero, dime, Blas, ¿quién es ese dominico tan célebre, que mete tanto ruido?

—No lo sé, mi amo. Creo que era uno que se llamaba Bruno, y de mal nombre *Giordano*.

—¡Ay, Blas, y qué bárbaro eres! Si *Giordano* es un nombre italiano, que en castellano quiere decir *Jordan*. Vaya, veo que estás poco versado en lenguas, y que no las conoces mas que en estofado. Si, hombre, si; *Jordan Bruno* fué un célebre hereje napolitano, que *floreció* á mediados del siglo diez y seis, y que hubo necesidad de quemarlo en cuanto empezó á *echar la simiente*.

—¡Jesús y qué cosas, mi amo! eso será otra *metáfora* como la de Lutero.

—No es *metáfora*, hijo, sino verdad de á folio; es decir: historia verdadera.

—Pues, siga V. con la historia, que me gusta.

—*Jordan Bruno* nació en Nola, (Nápoles) hácia el año 1550. En su juventud mostró gran afán por aprender, mas no lo bueno, sino lo malo; era una especie de estudiante *Moraytista* en estado de canuto. Afortunadamente, en aquellos tiempos, la libertad del pensamiento se entendía de otra manera que ahora. Cada uno, para sus adentros, podía pensar como quisiera; pero, si trataba de pensar para *las afueras*, tenía que llevar mucho cuidado; porque si llegaba á propalar errores hasta meterlos en la casa del vecino, no faltaba quien le chamuscara los bigotes.

—Es decir, que la conciencia no era libre.

—Al contrario, más libre que ahora; porque cada cual guardaba en la suya las miserias propias, y no iba con ellas á ejercer violencia envenenando la conciencia ajena. Los padres estaban, pues, tranquilos por la inocencia de sus hijos, y el pueblo podía estarlo por sus costumbres.

—Pues siendo así, ¿por qué dicen que aquello era una injusticia?

—Precisamente porque no lo era. ¿Tú no sabes que desde que la mentira es libre hay que entender las cosas del revés? Lo que es injusticia infame y grandísima, es el derecho concedido hoy á todo bicho viviente para lanzar el veneno de sus pasiones ó sus malas doctrinas sobre la cabeza y el corazón de los demás: esa es la injusticia. Pero sigamos adelante. Decía, que *Jordan Bruno*, en sus primeros años, mostró gran afición á los malos li-

bro: la mala lectura le corrompió y no tardó mucho en dar á conocer sus ideas heréticas. Tuvo, pues, que salir del convento dominico en que estaba, y entonces, libre de todo freno, y entregado á sus pasiones, empezó á correr Europa predicando doctrinas panteistas, ó lo que es lo mismo, ateas. Así anduvo por varias ciudades de Francia, Suiza é Italia, hasta que la Inquisición de Venecia le echó mano, y lo mandó á Roma á disposición de los tribunales superiores. Entonces se hicieron grandes esfuerzos para conseguir que se retractase y reparase el daño; pero *Jordan* tenía la cerviz demasiado dura para andar con reparaciones. Aquel tribunal que llaman tan cruel, solo le exigía una demostración de arrepentimiento para perdonarle, pues sin arrepentimiento ni aún Dios perdona; pero *Jordan* no la dió. Su espíritu rebelde era primo hermano del de aquel que consintió en caer del cielo antes que bajar la cabeza.

—Ahí está el quid, mi amo; eso es lo que les gusta á los chicos: que no bajó la cabeza. Dicen que eso es muy noble, y por eso se precian, como libre-pensadores, de descender en línea recta de aquel fraile de manga tan ancha y cuello tan tieso.

—Pues se precian de buena cosa; de tener por abuelo al padre de los embustes; al que crió á sus pechos, con la leche del materialismo panteista, á todos los embrollones que han enmarañado los hilos del raciocinio humano, y oscurecido durante siglos enteros las luces del sentido comun: los *Espinosa*, *Fichte*, *Schelling*, *Hégel*, *Kant*, *Krause*, y demas individuos por el estilo.

—¡Mi amo, cuanto franchute! quisiera yo saber lo que decían.

—Pues estaba fresco, hijo mio, si había yo de contártelo. Pero hay un medio de que lo averigües. Llena una olla de grillos, y duerme una noche con el aparato bajo de la cabecera; al día siguiente tienes metida en el cerebro toda la filosofía alemana inventada y por inventar.

—¡Vaya! déjese V. de bromas, y á lo menos dígame lo en sustancia.

—Eso si que no puede ser; á los libre-pensadores no se les sacó nunca sustancia ni para una taza de caldo; en cambio se les ha sacado veneno para llenar un rio. Y lo prueba, el que toda su filosofía se ha reducido siempre á estas dos conclusiones: rebajar á Dios hasta la categoría de cosa, y elevar al hombre hasta la categoría de Dios.

—Quisiera que me explicase V. más esa idea, mi amo.

—Hombre, quiere decir, que todos esos racionalistas y panteistas que te he citado, no han sido más que unos ateos disfrazados, que han trabajado para borrar de nuestra mente la idea de Dios á fuerza de desfigurarla; y como no es posible arrancar los cimientos de un edificio sin que el edificio se arruine, resulta: que los derrumbamientos que hoy está sufriendo nuestro edificio social á ellos se les deben.

—Tal vez.

—Y sin tal vez. Ellos fueron los que con sus nebulosos libros, y al amparo de la libertad de mentir engendrada por el protestantismo, pusieron su mano sacrilega sobre la piedra fundamental del edificio. *Dios es solo una idea*, dijo el uno; *Dios es la fuerza expansiva*, saltó el otro; *no es más que lo inconsciente*, replicó un tercero; *es el ser universal*, dijo el cuarto; vaya, no se cansen Vds.: *es la naturaleza*, saltó el mas descreído; *nó, que es la materia*, dijo el más súpico. ¡Ah! pues entonces, no hay Dios, dijeron los que vinieron detrás—¿Que no hay Dios?—exclamaron los pueblos; pues si no lo hay, tampoco habrá premios ni castigos; es decir, no habrá justicia; y no habiendo justicia, no debe haber mas ley que la de nuestra conveniencia. Abajo el de-

recho, y vivan los puños; abajo las leyes, y viva el capricho; abajo la moral, y viva el placer; abajo la propiedad; abajo la familia; abajo la religion... en una palabra, abajo todo lo que nos estorbe para gozar, y guerra á todo lo que nos obligue á sufrir. Entonces surgieron como por encanto los célebres sistemas llamados comunismo, anarquismo, socialismo, nihilismo; entonces se desencadenó contra Cristo, que nos había enseñado el camino del sacrificio, todo el odio que hoy hierve en el fondo del liberalismo moderno, verdadera olla podrida en que Satanás ha cocido todos estos mejunges.

—¡Atiza, mi amo, y qué cadena!

—Pues esa, ni mas ni menos, es la de todos los trabajos hechos por los hijos del Señor Bruno, y á eso se reducen los pujos científicos de sus nietos. Lástima que no hicieran con la descendencia lo que hicieron con el abuelo.

—¿Qué hicieron?

—Escaldarle el cutis.

—¿De manera, que fué la Iglesia la que quemó á aquel hombre?

—No, Blas; la Iglesia no le quemó, y los que tal dicen no saben lo que se pescan. La Iglesia le escomulgó, y aun rogó para que no le mataran; los tribunales ordinarios fueron los que le castigaron con la pena vigente entonces contra los propaladores de herejías.

—¿Y no le parece á V. duro que se quemó á un hombre por que escriba un mal libro?

—¿Y te parece á ti blando que, por no quemar al que lo escribe, se vaya á quemar luego al que lo lee?

—No lo entiendo á V.

—Pues yo te lo explicaré. Antes, el que escribía un libro herético, sedicioso ó inmoral, es decir, un libro contrario á la salud del pueblo, la ley penal le castigaba prendiéndole, destrrándole ó matándole, segun la gravedad del caso, ó la rebeldia del autor. De este modo, la semilla se arrancaba en flor, y el mal se extirpaba en la raíz. Pero vino la civilizacion moderna, y dijo: abajo el oscurantismo; abajo la barbarie; el hombre es libre para hablar y escribir todo lo que le dé la gana; como si dijéramos, que se extienda la semilla, que luego labraremos el bancale; ó lo que es lo mismo: dejemos al escritor que mienta lo que le de la gana para hacer posicion y dinero, que luego ya fusilaremos al pueblo infeliz que crea sus doctrinas y las practique. ¿Es esto justo, Blas?

—No, señor.

—Pues esto es lo que está pasando hoy con la cacareada libertad de pensamiento. Libertad para que cuatro sabios hagan su agosto, escribiendo libros y periódicos para exaltar las pasiones del pueblo; y concluido, cañonazo limpio á ese pueblo que piensa y obra seducido por ellos. ¡Qué digo! si hasta los mismos que le fusilan son los que antes escribieron para embaucarle.

—¡Calle V., mi amo, que puede ofenderse alguno!

—¡Qué he de callar, Blas, si precisamente la liberta santa y legítima es la que Dios ha concedido al hombre para decir la verdad! Y por cierto que esta es la única libertad que no les gusta á los que tanto se precian de defenderla; pues mientras dejan que España se llene de libros y periódicos inmundos que corrompen la cabeza y el corazon del pueblo, se comerian vivo al primer obispo que se atreve á levantar la voz en cumplimiento de su deber y en defensa de la justicia y la verdad. Nada, Blas, lo dicho: Si la Inquisicion quemase hoy á los embusteros de oficio con haces de leña, no se veria el pobre pueblo quemado cada dia con balas de plomo.

—¡Por Dios, mi amo!...

—Ni habria que fusilar cada mes media docena de sargentos.

—¡Por Dios, mi amo!...

—Ni habria que acuchillar á los estudiantes en la calle.

—¡Por Dios, mi amo!...

—Ni habria que ahorcar tantas manos negras.

—¡Por Dios, mi amo!...

—Ni tendria, en fin, el pobre pueblo que vivir como un esclavo, entregando cada año setenta mil criaturas sin pelo de barba, para que el gobierno las vista de mono, y las ponga de centinela para conservar el orden que alteran los mismos que, cuando están caidos, escriben periódicos sediciosos, y, cuando mandan, hacen leyes de quintas.

—¡Mi amo, es V. atroz!

—Si, Blas, tienes razon. Hoy no hay nada más atroz que la verdad; por eso hay que callar... pero despues de haberla dicho.

En los tiempos de atraso
y oscurantismo,
al que engañaba al pueblo
lo asaban vivo.

Hoy la cultura
solo quema á la víctima
de la impostura.

000

COSAS DE CONTAR

El Cosmos Editorial, dice un periódico, ha puesto á la venta la traduccion de la última novela de Zola, titulada: *Germinal*. También publicará en breve, dice, un tratado de *Higiene de la infancia* del Dr. Fonsagrives.

Novelas de Zola, y tratados de higiene.

O lo que es lo mismo: arsénico blanco y unguento de canutillo.

¡Ob, prensa libre, cuanto te debe el pueblo!

¡Mercaderes de papel manchado, merecéis una estatua!

Y tu, Gobierno ilustrado y prudente, que dejas rodar la bola de la inmoralidad, cuidando únicamente de que no se altere el orden; como si dijéramos, de que no te perturben la digestion, mereces..... no sé lo que mereces.

En Alemania, en Suiza, en los Estados Unidos se persigue la prensa inmundada. No ha mucho que, en el primer punto, se formó causa criminal á un editor, por publicar otra novela de Zola; pero nosotros... ¡ah! nosotros estamos más adelantados. Cuando copiamos á esas naciones, procuramos que solo sea en lo que tienen de malo.

* *

Pero consuélense Vds., que ya escampa.

Entre el diluvio de periódicos de *á perro grande*, que han dado en salir por esas calles de Dios llenos de mamarrachos, para instruir al obrero y sacarlo de las tinieblas del oscurantismo, (mejor dijeran para sacarle los cuartos) anda uno nuevo que se titula *El Grito del Pueblo*.

Entre otras cosas que hemos tenido ocasion de ver en ese *Grito*, ha sido una novelita popular destinada á combatir los días festivos. No hay para qué decir, que la tal novela es una paparrucha llena de mala intencion, en la que se supone que á un obrero le suceden no sé cuantas cosas malas, porque no puede trabajar los días de fiesta.

Y ese periódico se llama defensor del pueblo.

Y lo defiende queriéndole convertir en bruto; es decir: queriendo que viva encorvado sobre la tierra los siete días de la semana como una bestia de carga, sin tener uno solo libre para levantar su frente al cielo y poner su corazon en Dios.

Por supuesto, el argumento es siempre el mismo: *El trabajador gana poco, y es preciso que gane más.*

¡Pues dénde Vds. más, señores!

Hagan Vds. lo que hace el catolicismo. Multipliquen Vds. sus obras de caridad; ataquen Vds. la avaricia de los malos ricos; corrijan Vds. los vicios de los malos pobres; pongan Vds. freno al lujo y á las malas costumbres: esta es la manera de llegar al bienestar moral y material del obrero.

¿Hacen Vds. algo de esto? No.

Vds. no tienen más que una solucion: *libertad*. Libertad para la prensa que corrompe al pueblo; libertad hasta para la industria que lo esclaviza y embrutece; libertad de bailar, de jugar, de beber, de blasfemar. Y, por el contrario, guerra á los que le predicán la pureza de costumbres; guerra á los que le hablan de Dios; guerra á los que le recuerdan sus deberes morales y religiosos; á los que sostienen su fé; á los que alientan su esperanza; en una palabra: guerra al catolicismo. A eso se reduce la defensa de Vds.

En cambio el catolicismo, mientras Vds. gritan *libertad y trabajo continuo*, ó lo que es lo mismo, *inmoralidad y embrutecimiento*, edifica hospitales; levanta asilos; crea establecimientos de enseñanza; abre talleres para niños; funda órdenes religiosas, cuya caridad toma infinitas formas hasta satisfacer todas las necesidades del pobre. ¿Quién podrá contar hoy las instituciones de esta clase que el catolicismo ha establecido en el mundo? Más fácil fuera contar las arenas del mar.

¿Dónde teneis vosotros, enemigos del catolicismo, vuestras Hermanas de la Caridad? Aun no he visto en ningun hospital ni asilo monjas que lleven un triángulo en el pecho. En cambio buscad las que llevan la cruz, y las hallareis en todas partes. En el campo de batalla, en las ciudades apestadas, en los hospitales, en las casas de huérfanos, en los asilos de ancianos, en las escuelas de niños pobres, en los refugios de arrepentidas. Buscad en el catolicismo, y hallareis caridades ingeniosas, remedio para todos los males que afligen al pueblo. Hallareis asociaciones que cuidan de la criada de servir que se vé desamparada, del aprendiz que carece de patrono, de la jóven obrera que trabaja en los grandes talleres, del niño, del viejo, del pobre, del enfermo...

Una sola rama del grande árbol de la caridad cristiana, la de San Vicente de Paul, ha dado más fruto en medio siglo, que darán los enemigos de Jesucristo en toda su vida.

Imposible seria enumerar sus obras de enseñanza, de educación, de socorro; en una palabra: de apoyo moral, intelectual y material dado al pobre desvalido. La obra de la Sagrada Familia dedicada á purificar las costumbres de los pobres y á instruirlos por medio de reuniones dominicales, á las que acuden los asociados con sus familias, renovando el espíritu de los mejores tiempos del cristianismo; la del Patronato de Aprendices, que cuida de dirigir á los que no tienen padres, defendiéndolos de la avaricia de sus maestros; la Obra de las Escuelas, las de las Bibliotecas, la de las Cocinas Económicas, la del Roperio de los Pobres, de la Abogacia de los Pobres, del Huerfanato de los Pobres, la del Asilo Nocturno, la de la Regularizacion de Matrimonios, Visita Domiciliaria...

¿A donde voy á parar? Necesitaba llenar volúmenes.

En cambio vosotros, los que *gritais* al pueblo, los que alardeais de tanto amor al pueblo, ¿qué haceis?

Fundar periódicos para decirle que no hay Dios, ó que no hay Cristo ó que la Iglesia miente.

Es decir, fundar periódicos para excitar sus pasiones, y sacarle el dinero; esto es, para hacerle desgraciado por partida doble.

* *

Pero no hemos acabado; aun nos queda un fin de fiesta.

El número de *El Grito del Pueblo* que ha caido en nuestras manos, se permite tener pensamientos; es decir, que al final inserta una seccion precedida de la palabra **pensamientos**.

He aquí algunos:

Correr tras la felicidad es correr tras de su sombra.

Ya sabemos que *El Grito del Pueblo*, nuevo maestro á la moderna, no tiene ninguna felicidad que darle. Si fuese cristiano la tendria, y le enseñaria el camino para alcanzarla. Pero sigamos.

Lo que hace que los hombres se confundan no es la diversidad de idiomas, sino la monstruosidad de sus pasiones. Destruid la ambicion y el egoismo, y habreis inventado el lenguaje universal!

Conforme. Ahora veamos cómo se va á hacer el milagro.

Nacemos sin saberlo, para vivir felices sin conseguirlo, y morir contra nuestra voluntad. ¿Para qué nacemos pues?

¡Ah! ¿con que V. no sabe para qué nacemos? Es decir, ¿que V. no es cristiano? ¿que V. no cree en los premios ni castigos eternos? Entonces ¿qué doctrina va V. á predicar á los hombres para **calmar sus pasiones y destruir su egoismo?** ¿Con qué armas va V. á amenazar á los más fuertes para que suelten la presa y la entregan á los más débiles?

¿Con el espadín de la policia?

¿Y si son más fuertes que la policia?

¿Con las bayonetas del ejército?

¿Es esa la panacea que tiene V. para curar la ambicion y el egoismo de los hombres?

¡Pobre pueblo! ¿qué medicos te han salido!

Pues aguarden Vds., que allá va lo bueno.

El diablo no es más que un maligno reflejo de la conciencia de los que lo inventaron.

Ya pareció el peine. *El Grito del Pueblo* no cree en el diablo. Pues es extraño; porque nadie hay tan descreido que no crea en sí mismo.

Por último, acaba *El Grito*:

Del cerebro humano se escapan á veces ideas que es preciso cojerlas con tenazas.

Lo dice por las suyas. No cabe más.

* *

Acabamos llamando la atención de los padres de familia acerca de lo que está pasando. El que estime en algo la fé de sus hijos; el que estime en algo su felicidad y la de su familia, destierre á todo trance de su casa esas publicaciones con que hoy se está envenenando el corazón de los españoles. Ya que las autoridades en nombre de la libertad de imprenta, invencion de los nuevos mercaderes de ideas que se han dedicado á negociar con la inexperiencia del pueblo; ya que las autoridades, digo, dejan correr el mal por todas partes, cuiden los padres con la suya de impedir que ese mal llegue hasta su casa.

España se ha plagado de periódicos llenos de mamarrachos para llamar la atención. El que menos, se dedica á contar crímenes famosos, endureciendo y corrompiendo el corazón de la juventud á fuerza de familiarizarla con la inmoralidad y el delito. ¡Ay del padre de familia que no vigile sobre ese contrabando que se le entra por las puertas! Él tocará las consecuencias.

000

PARA QUE SIRVE LA CONFESION.

R.—Para algo servirá, cuando está mandada por Dios mismo; pues Dios no manda nada sin razon muy bastante ni sin causa muy justa.

Por de pronto, te diré que tú no eres juez en la materia, si no tienes costumbre de confesarte. *Vé á hacerlo, y entonces verás de lo que sirve,*

Y mientras lo haces ó no, pregúntale de lo que sirve á ese jovencito que, lleno de vicios, habia arruinado su caudal y su salud: pregúntale, por qué de algun tiempo acá está más tranquilo, goza mejor salud y va reponiendo su caudal, pregúntale cómo se realiza en él ese milagro. ¿Que le pasa? Nada más sino que no se confesaba, y ahora se confiesa.

Pregúntale á aquel artesano, que era un borrachon, holgazán y quimerista, qué le ha pasado, que de repente se ha convertido en un padre de familias trabajador, honrado y pacífico, modelo en todo de sus camaradas. ¡Poca cosa! Salió una mañana á la Iglesia; estuvo una horita de conversacion con el Cura de su parroquia en el confesionario... Su mujer y sus hijos dicen, llenos de alegría, que desde aquella mañana *está desconocido*.

Á esa otra pobre mujer, cargada de familia, maltratada por el bribonzuelo de su marido, y que desesperada la infeliz ha estado mil veces para echarse al Canal, pregúntale, por qué un dia ofreció á Dios con humildad sus trabajos y aflicciones, y desde entonces sufre como una santa sus miserias y las palizas de su marido y las molestias de sus hijos, sin que nadie ya la oiga una queja, y viendo todo el mundo la risa siempre en sus labios. ¿Qué ha sucedido en aquella casa, que de repente el marido empieza á respetar á su mujer y á tener mejor conducta? Nada, que el marido admirando primero á su mujer, y queriendo despues imitarla, se ha confesado como ella, y, á consecuencia, sucede la friolera de haberse evitado un suicidio, de haberse reconciliado un matrimonio y de haber entrado la paz y la abundancia y la virtud en una familia, donde antes vivian la miseria, y el vicio y la guerra.

A aquel otro vecino tuyo, que siempre se estaba quejando, y con razon, de que en su casa se gastaba más de lo regular, pregúntale si sabe por qué de poco tiempo acá se da mejor trato con menos dinero, y de dónde le ha venido cierta onza de oro que un dia le llevó el cura de su parroquia, diciéndole que era una restitucion del dinero que le habian robado. Tu vecino no lo sabe: quien lo sabe es el raterillo de su criado, que habia hecho una pautilla á fuerza de sisarle, y que entrando á cuentas con su conciencia, fué á confesarse. ¿Qué se ha conseguido con esta confesion? Nada; un ladron menos, un grillete menos en el presidio, ó quizás un banquillo menos en el garrote.

Algo parecido á esto debió haber visto Rousseau, cuando á pesar de su odio al Catolicismo, no ha podido menos de decir: «*¿Cuántas restituciones y desagrazos no consigue la Confesion entre los católicos?*»—Lo mismo le debió parecer á cierto ministro protestante, gran mofador de la Confesion y Comunion de los católicos, el dia en que un sacerdote fué á entregarle una

cantidad no floja de dinero que le habian robado. El buen ministro se enterneció hasta el punto de que muchas veces desde entonces ha dicho: «Preciso es convenir en que la Confesion es cosa buena.»

Respóndante de esta verdad los pobres de tal pueblo, que llenos de gratitud llaman su Providencia al ricacho aquel convecino suyo, que antes no se acordaba de ellos para nada, que toda su renta se la gastaba en su propio regalo, y que de algun tiempo á esta parte se ha convertido en padre de todos los desdichados, y en remedio de todos los menesterosos del pueblo. ¿Qué ha pasado en el alma de aquel rico, antes sin entrañas, y hoy tan bueno y caritativo? Pregúntaselo al cura de su pueblo, que le echó un día en cara su crueldad, que le hizo llorar, y lo llevó á los piés de un confesonario.

¿Para qué sirve la confesion? Para salvarnos de un vicio que empieza á poseernos: para librarnos del remordimiento que nos está quitando el sueño y la paz y la alegría; para acostumbrarnos á esta difícilísima tarea de estudiarnos y conocernos á nosotros mismos, haciéndonos examinar nuestra conciencia.

Pregúntale de qué le sirve la Confesion á ese pobre moribundo, que veia llegar lleno de terrores su última hora, y que ya la aguarda con confianza y hasta con alegría. «¿Qué poder es éste de la Confesion de los católicos?» preguntaba el médico protestante M. Tissot, al ver como una señora católica, á quien él asistia sin esperanza de salvarla, empezó á mejorar desde el punto que fué administrada, hasta sanar completamente.

No menos notables son las palabras de otro médico tambien protestante, M. Badel, que enseñado por sus experiencias propias, dice sin reparo que «la Confesion es útil, no sólo á los particulares, sino á la sociedad toda entera, y que es cosa que merece fijar la consideracion de todo el que se interesa en el bien de la humanidad.»

¡Ah, hijo mio! ¡Ojalá que volviendo nuestra España á practicar la Religion de nuestros padres con la fé y el celo que en otros tiempos lo hizo, se restableciese en todas las familias la saludable costumbre de confesar siquiera una vez al año para cumplir el precepto de la Iglesia! ¡Ojalá que acudiéramos con más frecuencia y más generalmente á este Sacramento de Misericordia y de redencion!

¡Cuán otro seria el estado de nuestras costumbres! ¡Cuánto ganaria la paz de nuestros pueblos! ¡Cuán pronto se acabarían estos rencores y luchas políticas que nos envilecen y arruinan! ¡Cuánto y cuánto ganaríamos hasta en esos mismos bienes materiales que son hoy dia tan codiciados y buscados!

El Católico.

VARIEDADES.

MAXIMAS PARA GOBERNAR LOS HIJOS.

MÁXIMA PRIMERA.

Yo fui hijo único de mi madre (dice Salomon), y mi madre me decia: hijo reciba tu corazon mi palabra.—Prov. 4.

La máxima primera de educacion que recibió Salomon de su madre, es la que vosotros debéis enseñar á vuestros hijos. Salomon dice de sí mismo: «Yo fui niño tierno muy querido de mi padre, y criado con sumo cuidado por mi madre, que me tenia siempre en su regazo; y allí recibia yo tantos documentos, cuantos alhagos me hacia. Y su entretenimiento diario era decirme: Hijo mio, ama la virtud más que todos los tesoros del mundo: lo demás todo es vanidad. Lo que te hará estimado de Dios y de los hombres, será tu verdadero bien. Observa la ley de Dios, y obedece á su voluntad. Nada olvides de lo que te he enseñado perteneciente á conservarte en su Divina gracia; y si esta la posees, nada temas.»

El dar á vuestros hijos estas y otras lecciones cristianas, ha de ser vuestro primer cuidado en su educacion.

MÁXIMA SEGUNDA.

Con tu hijo no hagas extremos de alegría ni de enojo, sino quieres tener que sentir en la vejez.—Ecl. 30.

Por no observar esta máxima vemos muchos padres, en sus últimos dias, cargados de gravísimos trabajos, y muy amargos sentimientos. Tres cosas hacen perder á los padres la autoridad tan precisa sobre sus hijos, y son: la primera reir, jugar y chancearse con ellos. La segunda sufrir y disimular sus faltas, cuando merecen correccion. La tercera darles mal ejemplo, mostrando en su presencia las propias flaquezas y pasiones. Estas son las tres indiscreciones que hacen perder al padre el respeto que los hijos deben tenerle, y las que le acarrearán el desprecio. Porque si llegais á perder vuestra autoridad, sois perdidos, y vuestros hijos tambien.

MÁXIMA TERCERA

El caballo que no se tiene en ejercicio, se hace indomable: y el hijo con libertad, se hace incorregible.—Ecl. 30.

No debéis esperar para corregir vuestros hijos que las faltas sean graves: sino castigadles á proporcion de su malicia; porque ésta en los niños va creciendo con la edad; y si desde los primeros años no se corrige y castiga, llegará al fin á tal exceso, que entonces el castigo no solo será inútil, sino tambien peligroso. No esperéis á que sus pequeños defectos de lengua lleguen á ser blasfemias, ó sus principios de cólera pasen á ser furioses; porque vendreis á arrepentiros de vuestras tolerancias, cuando la muerte de ellos sea la perdicion y afrenta de vuestra casa, y el escándalo del pueblo. Y tened siempre en consideracion, que un niño dejado en libertad, sin castigo ni correccion, pronto llega á hacerse rebelde: asi como un caballo que no se trabaja al principio, se hace indomito y duro.

MÁXIMA CUARTA.

Aplaca la cerviz de tu hijo en la juventud; porque si dejas que se endurezca, no te obedecerá.—Ecl. 30

Esta máxima os advierte que humilleis en la juventud á vuestro hijo soberbio, y le hagais obedecer en lo que es de su obligacion, si no queréis arrepentiros despues, de vuestra negligencia. Pero en vuestras correcciones, guardaos que no vayan acompañadas de cólera; porque entonces dañan más que aprovechan. Seréis rígidos y severos, pero sin furor; inflexibles, si la razon asi lo exige; castigad, pero conservando siempre el corazon de Padre.

El Señor os dé su gracia para que de tal modo criéis y eduqueis á vuestros hijos, que ellos y vosotros obreis vuestra salvacion.

Hemos recibido el tomo 2.º de la BIBLIA que edita *La Verdadera Ciencia Española*, (Barcelona, Angeles, 14.) En él, á la conclusion del Pentateuco, van continuados los *Comentarios* á dichos cinco libros; que, á nuestro entender y en el ligero examen que nos ha permitido la premura del tiempo, son excelentes, y aun cuando el autor oculta su nombre, bien se le descubre ser uno (ó tal vez alguno si se atiende al estilo,) de los más versados en las modernas cuestiones bíblicas. Este primer trabajo original, que con tanto acierto ha logrado la casa editora, augura la bondad de los sucesivos; prometiendo que las *Vindicias*, hoy tan necesarias, estarán, sino á la altura á que han llegado recientemente ingleses y alemanes, por lo menos aventajarán á franceses é italianos; bien que en tales materias se echa de ver, que no siempre lo que se creen adelantos lo son, si no preside el tiento y circunspeccion que demuestra, quien ó quienes hayan escrito los referidos *Comentarios* al Pentateuco. Damos nuevamente nuestros más sinceros plácemes al Director y Consultor de la *Verdadera Ciencia Española*, por la feliz idea y ejecucion de la Biblia, única que hoy en España responde á las necesidades de los actuales tiempos; y recomendamos eficazmente á nuestros lectores tan importante obra.

La casa editorial nos suplica hagamos constar que ha procurado, á precios relativamente módicos establecer encuadernaciones de lujo, que se detallan en el *Boletín mensual* del mes de Febrero, y que ha prorogado, por última y definitiva vez, el plazo de la suscripcion hasta 30 de Junio próximo.

CASIMIRO BARELLO

Su vida, sus hechos, sus virtudes.

Así se titula un hermoso folleto que hemos recibido y leído con mucho gusto, por ser la más completa recopilacion de datos auténticos que, sobre la vida de este gran penitente, se ha publicado hasta ahora, y por estar destinado el producto de la edicion á la edificacion de su panteon.

Dirigir los pedidos á D. Francisco Compañy, Alcoy.—Precio ¼ rs.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentandola bajo formas amenas y ligeras para que se propague mas facilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion dá derecho á recibir cien ejemplares de cada numero ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA.

	Peninsula.	America.
Una accion.	4 pesetas mensuales.	5
Media id.	2 » » »	2 50
Un cuarto id.	1 » » »	1 25
Un octavo id.	50 cents. »	

Por medio de corresponsal 25 cents. de peseta mas por accion.

Se suscribe en la direccion de este periódico BELLOT, 3, ORIHUELA. En Madrid en la de la *Semana Católica*, Villanueva, 5. bajo; y en todas las librerias católicas de la Peninsula y Ultramar.

IMPRENTA DE LA LECTURA POPULAR.